

-¿En qué se parecen los jamones a Clemente?  
-decía otro, no menos simpático que el anterior,  
antes de responderse a sí mismo:

-En que todos los años los cuelgan, pero al final  
acaban “curándose”.

La carcajada volvía a ser general. Y así todo el año.

## II

Finalmente, el Viernes Santo por la tarde todos los ocasionales actores estaban listos para representar la Pasión. Clemente cumplía con su parte, aceptando las monedas del sanedrín y depositando más tarde el deleznable ósculo sobre la mejilla de Tomás el panadero, a la sazón muy metido en su papel de Mesías. Todo el mundo alababa la interpretación del cantinero, esa desazón, ese resquemor que parecía invadirle y que se dejaba traslucir en cada palabra, en cada gesto. Lo cierto es que tal pesadumbre y desasosiego no eran en absoluto fingidos, sino que revelaban el auténtico estado de ánimo de Clemente, forzado como se veía a encarnar una vez más al malhadado discípulo. Los dife-

rentes actos se fueron desarrollando según lo previsto: Germán se trastabilló un poco con su texto, pero finalmente mandó azotar a Jesús y se lavó las manos con desenvoltura, cosa que, al ser efectuada por él con cierta frecuencia en el ejercicio de su función pública, no le representó ningún problema añadido. Tras la azotaina de rigor, propinada por Manolo el carnicero con un entusiasmo un tanto desmedido -todos en el pueblo eran sabedores de la mutua aversión que se profesaban el panadero y el matarife-, el maltrecho reo inició su recorrido con la cruz a cuestas, por las calles de la villa. Tal y como figuraba en el programa, Jesús dio con sus huesos en el suelo por vez primera frente a las Escuelas Municipales, momento en que la Ceferina saltaba a la palestra para enjugar la divina faz en cumplimiento de sus obligaciones como Verónica. Un centenar de metros más adelante, a la altura de la Casa Consistorial, el divino cautivo sufrió la segunda de las caídas, entre la barahúnda del populacho que le increpaba sin descanso.

-¡Impostooooor! -bramaban unos.

-¡Blasfemooooo! -vociferaban otros.

-¡Mastuerzoooo! -gritaban algunos más, incorpo-

